

La diplomacia cultural: una perspectiva en el siglo XXI

Martha Tatiana Angeles Rivas

Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMO: O estudo da diplomacia cultural xoga un papel importante nas relacións internacionais actuais, caracterizadas pola presenza de novos actores e obxectivos, que utilizan a cultura como parte da súa política exterior para obter prestixio e difundir unha imaxe positiva, fomentando a través de estratexias de promoción cultural a súa influencia no actual entorno internacional. Neste sentido, o artigo pretende esbozar e clarificar o que se entende por diplomacia cultural no século XXI.

Palabras chave: Diplomacia Cultural, Paradiplomacia, Cultura, Relacións internacionais.

RESUMEN: El estudio de la diplomacia cultural desempeña un papel importante en las relaciones internacionales actuales, caracterizadas por la presencia de nuevos actores y objetivos, que utilizan a la cultura como parte de su política exterior con el propósito de obtener prestigio y difundir una imagen positiva, incentivando por medio de estrategias de promoción cultural su influencia en el actual entorno internacional. En ese sentido, el artículo tiene como finalidad delinear y clarificar qué se entiende por diplomacia cultural en el siglo XXI.

Palabras Clave: Diplomacia Cultural, Paradiplomacia, Cultura, relaciones internacionales.

ABSTRACT: The study of cultural diplomacy plays an important role in current international relations, characterized by the presence of new actors and objectives, that use culture as part of their foreign policy with the purpose of gaining prestige and promote a positive image, encouraging their influence in the current international environment through strategies of cultural promotion. In this regard, the article has as intended to delineate and clarify, what is meant by cultural diplomacy in the 21st century.

Keywords: Cultural Diplomacy, Paradiplomacy, Culture, international relations.

1. Introducción

Actualmente, el término de diplomacia cultural desempeña un papel relevante dentro de las relaciones internacionales, se posiciona como un concepto nuevo que debe ser entendido y comprendido para relacionar la estrategia cultural con la diplomacia tradicional. La cultura contribuye a facilitar un mayor acercamiento entre los Estados, donde se hace susceptible la creación de una tarjeta de presentación en su esfuerzo por promocionar una identidad característica y propia, reconocida de manera internacional.

Más allá de esto, la diplomacia cultural es un fundamento clave para el siglo XXI, juega un rol importante en la promoción de una imagen de prestigio de una nación. Además, genera un

clima de entendimiento mutuo y cooperación, motivado por la integración de intercambios culturales que permiten conocer y cimentar la identidad nacional, es decir las naciones consideran a la cultura como un componente relevante dentro de su política exterior.

Puede ser definida como un conjunto de estrategias que son llevadas a cabo por el Estado, sus representantes y otros nuevos actores en el exterior a través de mecanismos multilaterales con la finalidad de destacar los valores, la identidad y costumbres de la nación, promover una imagen de prestigio y generar un clima de entendimiento mutuo y cooperación, motivado por la integración de intercambios culturales con otras naciones. Además, la diplomacia cultural se utiliza dentro de una pluralidad de Estados con fines políticos donde los Estados, y actualmente entidades autónomas o Estados que no son reconocidos por la comunidad internacional como Estados de pleno derecho, toman a la cultura como una manera de difundir una imagen positiva e incentivar por medio de estrategias de promoción cultural, su influencia en el entorno internacional.

Este artículo tiene como finalidad delinear y clarificar qué se entiende por diplomacia cultural en el siglo XXI, además de reconocer cuál es la participación dentro de las acciones exteriores de algunos Estados no reconocidos y entidades autónomas como Galicia. Ante la ausencia y las controversias, este propósito surge de la relevancia de este concepto dentro de las nuevas políticas exteriores de distintas naciones, en relación con la aparición de nuevos actores y retos dentro de la coyuntura internacional actual. Esta contribución se divide en tres partes. En primera instancia responde en profundidad a una serie de preguntas: ¿qué antecedentes han forjado su marco de referencia?, ¿qué es la diplomacia cultural?, ¿cuáles son sus objetivos y quiénes son sus principales actores? Por otra parte, analiza la presencia o participación de la diplomacia cultural en la acción exterior de entidades subestatales. Y, finalmente, examina de forma breve la paradiplomacia cultural de Galicia.

2. Antecedentes

El concepto de diplomacia cultural no puede ser visto ni entendido como un concepto actual del siglo XXI. Posee una larga historia en la estrategia política exterior de varios países que durante la Guerra Fría comenzaron a generar poder por medio de la cultura para mostrarse al exterior, es decir, era vista como una herramienta poderosa al servicio de la práctica diplomática la cual trataba de asegurar la identidad cultural e incentivar un ambiente de paz tras los conflictos emprendidos durante ese periodo.

Durante el siglo XX varias naciones se valieron del factor cultural para crear una tradición de acercamiento, cooperación e intercambio como pilar de sus políticas exteriores, es decir las naciones, en mayor o menor medida y de una manera u otra, comenzaron a considerar a la cultura como un componente importante de su política exterior (Rodríguez, 2015). Sin embargo, no fue hasta hace pocos años cuando el término de diplomacia cultural fue cobrando aún mayor importancia dentro de las relaciones internacionales y a medida de una realidad más compleja, la diplomacia cultural adquirió mayor presencia en otros asuntos internacionales.

Uno de los antecedentes más claros que ayudaron a introducir esta noción se encuentra en el “*soft power*” formulado por Joseph Nye. Este autor relaciona los conceptos de diplomacia pública y diplomacia cultural, definiéndolos como una parte del *soft power* que representa la

habilidad para conseguir lo que uno pretende a través de la seducción y no por medio de la coerción. Además, afirma que el poder blando de una nación se basa principalmente en tres recursos: cultura (aquellas partes que resultan atractivas a otros), valores políticos (cuando la nación está a la altura dentro y fuera) y la política exterior (establece que es legítima y cuenta con autoridad moral reconocida) (Saddiki, 2009). Estos tres factores ayudan a comprender la relación que se establece entre diplomacia cultural y el *soft power*. En este sentido, se habla de la importancia que posee la cultura al ser considerada una herramienta con poderío y persuasión para los Estados que, al unir la promoción cultural y la cooperación internacional poco a poco, aspira a ejercer mayor influencia de alcance internacional, recurriendo a estrategias de *soft power* plasmadas en la diplomacia cultural.

Tras el aumento de la importancia de este concepto, el entorno internacional es influenciado y toma consciencia de la emergencia de las dimensiones culturales, donde los Estados perciben las nociones étnicas, culturales y religiosas, para adaptarlas dentro de sus estrategias de política exterior. Por tanto, la cultura ha pasado a considerarse como unívoca y su impacto en la conducción de la diplomacia es incuestionable.

Actualmente, la cultura está cada vez más presente dentro de las relaciones internacionales de los países, ya que puede identificarse como una de las dimensiones dentro de la vida social que genera mayor identidad, reconocimiento, intercambio y dispone mayor relevancia dentro de nuevas manifestaciones culturales, relacionándola con aspectos económicos, políticos y sociales. En este contexto, la cultura ha cobrado significancia en asuntos vitales como la globalización, los flujos migratorios y la afirmación de los derechos culturales y, a su vez, actúa como una herramienta indispensable para asegurar la presencia cultural nacional, que cada vez más gobiernos la consideran una prioridad (Rodríguez, 2014).

3. ¿Qué es la diplomacia cultural?

La diplomacia cultural se refiere al papel que desempeñan los factores culturales en las relaciones internacionales, asimismo se considera uno de los fundamentos claves del siglo XXI encargada de construir confianza y comprensión mutua entre las naciones. Una de las definiciones de diplomacia cultural más conocidas y ampliamente utilizadas es la formulada por Milton Cummings, quien la define como “el intercambio de ideas, información, arte y otros aspectos de la cultura entre las naciones y sus pueblos para fomentar el entendimiento mutuo” (Saddiki, 2009).

De igual forma, puede entenderse como un conjunto de relaciones y acciones llevadas a cabo en el exterior a través de la cooperación cultural, la promoción de valores y recursos culturales, con la finalidad de difundir y establecer por medio de estos elementos centrales, una carta de presentación que eleve el poder de la nación en un contexto internacional. Dicho lo anterior, se ha optado por la construcción de vínculos culturales en múltiples escenarios, donde son partícipes diversos actores bajo la premisa de difundir su identidad e intereses, así como generar relaciones más duraderas, demostrando que la diplomacia cultural fortifica el poder de negociación del Estado, da apertura a estrategias multilaterales para alcanzar reconocimiento y facilitar la comprensión y percepción de una imagen internacional.

Ante la emergencia de la diplomacia cultural se han asociado y desarrollado otros con-

ceptos que forman parte de su entendimiento. Por ejemplo, la paradiplomacia o la gobernanza multinivel son dos conceptos asociados a un entorno actual. El primero se define como el conjunto de acciones que desarrollan las administraciones no estatales en el ámbito de la diplomacia, mientras el segundo se atribuye a distintos niveles de gobierno, desde la administración local hasta los distintos ministerios o departamentos, los cuales intervienen en menor o mayor medida en el exterior (Estudio Diplomacia Cultural, 2010).

En consecuencia, la diplomacia cultural se caracteriza por la multiplicidad de actores que intervienen, a diversa escala y desde todos los niveles de gobierno, con el fin de promover el entendimiento mutuo o favorecer el interés nacional. A su vez, ha pasado de ser una actividad de intercambios artísticos e intelectuales dirigida por los gobiernos centrales a una que asume un rol en la representación del conjunto de una nación, Estados no reconocidos o entidades autónomas, donde se considera un elemento útil dentro de los aspectos políticos para lograr un reconocimiento y hacer más presente a aquellas culturas de dimensiones más pequeñas (Martínez y Rius, 2016).

4. Objetivos y actores principales

Los objetivos dentro de la política exterior de varios Estados se definen en función del interés nacional y deben ser respaldados por medio de las acciones diplomáticas, es decir, la diplomacia debe ser considerada dentro de la escena política desde un punto de vista donde la nación se comprometa a crear visibilidad y obtener valor hacia un entorno internacional. Por tal motivo, la cultura hace presencia como un elemento integrante del interés nacional y es ligado a la construcción de dicha política exterior. Esto posee implicación en la creación de los objetivos de la diplomacia cultural que presenta un profundo potencial y expande su alcance en la integración del *soft power* (Montoya, 2012).

A pesar de la diversidad de estructuras y componentes de la política exterior de los países, estos siempre buscan una misma finalidad a través de la diplomacia cultural, la cual presenta diversos objetivos. Entre estos los más relevantes son: a) destacar los valores y costumbres, estilos de vida, manifestaciones artísticas y culturales del país, b) promover una imagen positiva del país en el exterior, c) posicionar al país en el exterior, d) generar un clima de cooperación propicio a los negocios, estatus e inversiones, e) construcción de vínculos culturales en múltiples escenarios, con la participación de diversos actores con la premisa de generar percepción de la diversidad y asociarla a una legitimidad y respeto (Rodríguez, 2014). Dichos objetivos surgen con la esperanza de crear conocimiento, confianza y comprensión entre los países, así como de generar relaciones más estables y duraderas. De igual forma, la diplomacia cultural se desarrolla en aras de promover los valores y cultura del país, con el propósito de crear puentes que lleven al entendimiento mutuo a través de la expresión de su cultura, lengua, tradiciones y valores.

De igual forma, estos objetivos se persiguen a través de un amplio número de actores y principalmente de instituciones gubernamentales, que varían de país a país y se profesan por medio de la coordinación de sus representantes diplomáticos y consulares mediante convenios, actividades y programas de cooperación cultural (Rodríguez, 2014). Además, el Estado actúa como el principal actor en llevar a cabo la política exterior y, por ende, las acciones de diplomacia

cultural responden a los objetivos y a las agendas diplomáticas de los países, donde se fundamentan e integran en ministerios, institutos y/o secretarías, como el Ministerio de Asuntos Exteriores en Francia, el British Council en Reino Unido, la Secretaría de Relaciones Exteriores en México o el Instituto Cervantes en España, por mencionar algunos.

No obstante, en los últimos años la diplomacia cultural que tradicionalmente ha estado centrada en la acción de los Estados observa un gran despliegue en la internacionalización de demás actores, que se ocupan de las relaciones culturales para fomentar su importancia en el exterior. Estos actores comprenden desde las ciudades, los gobiernos regionales y locales hasta los Estados no reconocidos, quienes no solamente se han consolidado como actores culturales de primer orden a nivel territorial, sino que han asumido un papel estratégico en la acción cultural internacional, creando amplias competencias en cultura y una gradual apertura (Martínez, 2020).

En este escenario, se han desarrollado instrumentos institucionales y programas específicos en materia de política cultural internacional, encabezados por la existencia de gran diversidad propiciada por múltiples experiencias, visiones, identidades e intereses nacionales y transnacionales en el mundo. En otras palabras, el aumento de nuevos actores dentro de la diplomacia cultural permite evidenciar que la dimensión cultural del *soft power* en las políticas exteriores va más allá de lo establecido e invita a generar aún mayor importancia a lo largo del siglo XXI, fomentando el entendimiento no solo de naciones sino de los diversos actores en múltiples niveles.

5. Diplomacia cultural en la acción exterior de entidades subestatales

Cualquier territorio en donde se ejerce poder político está obligado a crear un sentido de pertenencia en su ciudadanía. Este sentido de pertenencia llamado identidad permite que el orden político de dicho territorio adquiera legitimidad y así asegure su propia existencia, aceptando la creación de una identidad basada en la cultura y acciones diplomáticas culturales para su promoción. Como se ha señalado, la diplomacia cultural suele ser definida como una integración de intercambios, entendimiento mutuo y formación de relaciones culturales entre los países, donde se ha acrecentado su nivel de actuar, sus medios de acción y, a su vez, se ha ido descentralizando. En consecuencia, se ha producido la proliferación de diversas estructuras de política cultural exterior de tipo subestatal en todo el mundo, de forma que la relación entre la diplomacia cultural y las culturas que integran un Estado resulta compleja.

Evidentemente, el contexto internacional y el contexto interno inciden en la diplomacia cultural, puesto que esta complejidad surge particularmente en aquellos Estados plurinacionales, en los que la política cultural exterior puede convertirse en un instrumento al servicio del nacionalismo tanto central como subestatal, orientado a hegemonizar poder en diversos ámbitos sociales y políticos. Sin embargo, entidades autónomas y Estados no reconocidos, reclaman sus derechos de autonomía e identidad, al mismo tiempo esta reclamación está ligada a la descentralización de los Estados, la cual puede variar de un país a otro (Martínez y Rius, 2016). En efecto, la diplomacia cultural se centra en el desafío de articular el carácter multicultural y plurinacional del Estado en una misma estrategia exterior, además de encarar los obstáculos ocasionados por la cimentación de una coordinación multinivel con el objetivo de mostrar una imagen no conflictiva y homogénea de la cultura y, en ciertos casos, enfrentar la restricción de la actividad subestatal.

Desde hace tiempo, la intervención de administraciones locales y regionales en asuntos internacionales de índole cultural se han posicionado como un fenómeno creciente, que cada vez posee más reconocimiento o trata de visibilizar que la diplomacia cultural también sea un tema que les incumbe. Aunado a esto, han incursionado diferentes esquemas gubernamentales descentralizados, los cuales incorporan actividades culturales subestatales y programas donde se reconoce la participación de estas entidades; en sí se habla de acciones exteriores culturales denominadas paradiplomacias culturales (Martínez y Rius, 2016).

Las actividades que desarrolla la paradiplomacia cultural son simultáneas al sistema legal y administrativo del Estado, pero también existen casos en los que su desarrollo es comparable con la diplomacia cultural, ocasionando que se generen diversas complejidades con la agenda exterior de gobiernos centrales. Para esto, se necesita emplear una política exterior y participar en defensa de sus intereses específicos y necesidades.

Hoy en día existen entidades subestatales que por su complejidad necesitan su propia política exterior. Ante esta necesidad son motivadas a actuar en pro de su autonomía en un escenario internacional. Algunas causas derivan de: 1) causa de origen externo, cuando enfrentan la polarización sustraída de la globalización y los gobiernos centrales cada vez más actúan con mayor interdependencia, 2) diversificación de la agenda internacional y la desaparición absoluta entre política exterior e interior, 3) proyectar reconocimiento internacional con el fin de alcanzar sus objetivos y competencias internas (García, 1996).

Cada vez es más frecuente la intervención de entidades subestatales en el entorno de las relaciones internacionales. Existen diversos esquemas que persiguen estructurarse en torno al carácter multicultural y plurinacional del Estado. Las provincias de Canadá (Quebec), el caso belga, los estados de los Estados Unidos, las comunidades autónomas de España, los *Länder* de Alemania, las óblast de Rusia, además de la paradiplomacia cultural de Flandes, aparecen como algunas de las principales experiencias dentro de este entorno de paradiplomacia cultural (Arenas, 2018).

A continuación, para entender mejor la sincronía entre el concepto de diplomacia cultural y la paradiplomacia, se analizará el caso de Canadá (Quebec), un Estado donde existen provincias que exigen un reconocimiento diferenciado y procesos de descentralización por parte de las políticas exteriores de los gobiernos centrales. Las actuaciones de Canadá han sido cada vez más acentuadas en la presencia exterior subestatal, generando mayor proyección exterior de las competencias internas, además de lograr que las entidades subestatales tomen la iniciativa de reclamar cualquier área de competencia no acordada con el gobierno central y, a su vez, reaccionen frente a las pretensiones de extensión de la autoridad central, todo esto mediado por el apoyo del gobierno central. A pesar de sus dificultades ante su pluriculturalidad, Canadá ha establecido distintos modelos de acción cultural exterior desde los ámbitos subestatales que establecen mecanismos efectivos de coordinación intergubernamental y sistematización de acciones conjuntas entre las instituciones centrales y subnacionales. Tales mecanismos han sido necesarios para sostener un equilibrio entre delegación y coordinación central de la diplomacia cultural y así poder realizar, desde distintos modelos y sistemas de gobierno, la proyección de las culturas subnacionales (Martínez y Rius, 2016).

Su actuación se ve verificada dentro de un buen grado de coordinación y autonomía entre el gobierno central quien es el responsable de encabezar la diplomacia cultural y la variedad de

centros, actividades, programas e institutos culturales que apoyan dicha coordinación. Estos factores muestran la eficiencia de la coordinación en las actividades de la diplomacia cultural, ante un sistema o configuración desorganizado, que dispersa esfuerzos y duplica funciones que ayudan a generar mayor capacidad y fuerza dentro de las acciones culturales exteriores (Rodríguez, 2015). Un claro ejemplo de esto fue la apertura de la casa de Quebec en París. Esto significó un paso más hacia la apertura del reconocimiento de Quebec que, a través del tiempo y el uso de sus relaciones con el exterior, se ha servido de maniobras de diplomacia cultural para difundir y florecer su nación canadiense, franco-canadiense y quebequense. La cultura ha sido un componente sustancial en las relaciones internacionales del gobierno de Quebec que, a su vez, es considerado un medio de penetración en la identidad nacional que lo proyecta como un Estado representante de una nación.

Por tal motivo, la actividad internacional de Quebec sí se compone de la gestión de una eficiente diplomacia cultural, ya que ha permitido lograr mayores niveles de consenso y cooperación tanto a niveles internos y externos, su necesidad de enfatizar la cultura se ha visto sujeta al dinamismo de Quebec, el cual sustenta una vasta red de representaciones en el exterior, así como un gran número de programas y acuerdos firmados con otros países, llenos de activismo internacional (Rodríguez, 2015). Su demanda del reconocimiento de una sociedad distinta dentro de la sociedad canadiense y las estrategias desplegadas por defender su identidad quebequense, han traído grandes frutos dentro de un contexto internacional actual.

6. La paradiplomacia cultural en España

No obstante, la descentralización de los gobiernos centrales continúa siendo un gran reto para las entidades autónomas, sobre todo, cuando existen discordancias referentes al manejo de la política exterior y se persiguen diferentes propósitos dentro de sus políticas, a la par de una mala coordinación y administración. En España particularmente, el gobierno central se ha negado a gestionar la diplomacia cultural en sintonía con las Comunidades Autónomas, generando dificultades en la creación e incentivación de la paradiplomacia. De ahí que uno de los mayores desafíos institucionales consista en unir los principios de política interior y exterior, dentro de un contexto que no permite vincular a los distintos niveles de gobierno a través de una serie de acciones culturales de cooperación e intercambio. Las Comunidades Autónomas no cuentan con una garantía constitucional plena para participar en la concreción y proyección de la política exterior española; de esta manera se ha negado su derecho a ser escuchadas en procesos de firma y negociación de tratados y tampoco son claras las actividades que son permisibles, ni cuál debe ser el régimen competencial dentro de la internacionalización (Arenas, 2018).

Ante ello, las Comunidades Autónomas tratan de desarrollar una intensa y relevante actividad exterior cultural propia en el sistema internacional en un restrictivo marco estatal, que subraya las consideraciones y criterios generales sin incidir en el núcleo de las relaciones internacionales. Puesto que, las únicas medidas alternativas tomadas ante dichos desafíos fueron, en su momento, la creación desde finales de los ochenta de una serie de organismos, como la Conferencia de Asuntos relaciones con la Comunidad Europea (CARCE), denominada desde 2010 Conferencia para Asuntos Relacionados con la Unión Europea (CARUE), y la Conferencia Sectorial de

Cultura, donde ambos poseían entre sus objetivos, coordinar diversos aspectos de la acción cultural exterior entre la Administración General del Estado y las Comunidades Autónomas, además de contribuir con la apertura a la contribución autonómica y desarrollar el intercambio de información relacionada con la gestión de la cultura y las políticas culturales (Martínez y Rius, 2016).

Desde entonces han estado centrados en la comunidad institucional y han permitido una cierta coordinación de actividades exteriores, pero simultáneamente han evidenciado distintas tensiones intergubernamentales entre la Administración General del Estado y las Comunidades Autónomas en cuanto a la acción cultural exterior, generando la reformación e incentivación de mayores organismos, por las reclamaciones derivadas de la ausencia de participación de distintas Comunidades Autónomas dentro de la incentivación y contribución de sus acciones culturales, para motivar la entrada de una paradiplomacia cultural de valor.

En 2010, con la reciente consolidación de la Acción Cultural Española (ACE), se permitió incluir en su estructura un Consejo y una Secretaria con presencia de las instituciones subestatales con competencias en el sector, a pesar de ello su estructura brindó un papel más protagonista a instituciones centrales del gobierno (MECD, así como el Instituto Cervantes y la creación de la Marca España), quienes quitan peso al carácter plurinacional de España (Martínez y Rius, 2016). Aunque, se maximicen los esfuerzos a través de la consolidación de nuevas estrategias y programas, sino existe una verdadera sincronía en la gestión de la diplomacia cultural, el desarrollo de España carecerá de un equilibrio y tanto los avances como las acciones no serán coherentes ni proporcionaran ningún valor favorable en la promoción cultural y la cooperación.

Como ya es sabido, la política cultural institucional es un elemento central en la proyección exterior de un país. En España se sigue una línea, en lo esencial, que cuenta con importantes instituciones centrales y subestatales. De este modo, la Comunidad Autónoma de Galicia, y otras Comunidades Autónomas, utilizan estos instrumentos para proyectar y fomentar su cultura e identidad nacional histórica. Esa proyección se fundamenta en los genuinos rasgos de su identidad, con un idioma, un derecho civil y una cultura propia. La paradiplomacia cultural gallega se centra bajo la participación del Consello da Cultura Galega, la Federación Gallega de Municipios y Provincias (FEGAMP) y la Xunta de Galicia, donde dichas instituciones poseen como objetivo, fortalecer los mecanismos de coordinación, cooperación y colaboración. Además, Galicia pese a ser amenazada por la unificación, hoy en día apuesta más por una sociedad por una unión integrada, que impulse la integración de un modelo de convivencia pacífica, solidaria, próspera y en igualdad, es decir, una sociedad plural y sin las desigualdades actuales, sin renunciar a las raíces que integran la comunidad gallega (Xunta de Galicia, 2018).

Galicia por su ubicación geográfica posee un abundante patrimonio cultural constituido por bienes materiales e inmateriales, reflejo de su identidad propia, asimismo, sostiene un valor turístico y cultural otorgado por el Camino de Santiago, el hecho Jacobeo a la par, de la riqueza natural, gastronómica y su lengua (gallego). Estos símbolos son emblemáticos y las principales atracciones de Galicia, que originan un valor central en su cultura y un aspecto esencial al momento de actuar al exterior, esto quiere decir, que al poseer una identidad propia, lengua y una cultura lusa e hispánica existe un gran potencial en la cohesión de relaciones con Portugal, Brasil, las restantes naciones iberoamericanas y las naciones de la comunidad lusófonas, permitiendo expandir la proyección de Galicia (Xunta de Galicia, 2018).

Dicha proyección debe ser nutrida e integrada dentro de la acción exterior. Para el caso de Galicia ese valor debe ser tomado fundamentalmente de su cultura puesto que de ella dependen algunos de los símbolos más representativos de la imagen gallega en el exterior. La paradiplomacia gallega refleja una imagen multicultural de España, promociona su cultura y patrimonio mediante el turismo que hacen realmente reconocer a Galicia como un componente central de la integración de más países, al ser una comunidad que de igual forma es integrada por una diáspora de emigrantes. Resulta necesaria la coordinación de la diplomacia cultural y la paradiplomacia de Galicia y de otras Comunidades Autónomas, para crear y cimentar buenas estrategias de política exterior y dar a España un verdadero reconocimiento de ser una nación pluricultural y diversa. Por tal motivo, la relación entre la estrategia española y la estrategia gallega de acción exterior deben buscar una adecuación desde una perspectiva integradora, donde una vez conocido su panorama global y sus características concretas ambas puedan someterse a una rigurosa reflexión de la cultura y el significado que posee Galicia para España y para otros países.

7. Consideraciones finales

Para concluir, la diplomacia cultural debe ser conceptualizada de manera más amplia, atendiendo a lo que ha ocurrido en el mundo de las relaciones internacionales y la injerencia de la cultura global en el siglo XXI. A su vez, al momento de esclarecer más este concepto, se afirma que resulta complejo y continúa siendo una categoría de análisis fundamental en el amplio campo de nuestra coyuntura internacional y política exterior de los países. Por ello, dicha diplomacia cultural cada vez comprende más la estrategia de política exterior de los países, donde resulta necesario el fortalecimiento de naciones pluriculturales, con el objetivo de no limitar el alcance de sus actuaciones que promuevan su propia identidad. Además, de coordinar tanto políticas internas como externas, impulsando la internacionalización y demostrando, que realmente otras culturas pueden actuar como un objeto prioritario dentro de las acciones exteriores culturales.

Evidentemente, la integración de nuevos actores (ciudades, gobiernos regionales y locales hasta Estados no reconocidos), escenarios y cambios estructurales han impactado dentro de las actividades y en los distintos objetivos propios de la diplomacia cultural. Como resultado, han aparecido nuevos conceptos para describir y atender los cambios realizados por dichos nuevos actores en cuanto a la gestión de la diplomacia cultural, es decir, se habla de la integración de actividades exteriores culturales realizadas por entidades subestatales, que se interpreta como la paradiplomacia cultural.

Tanto la diplomacia cultural y la paradiplomacia cultural muestran la importancia de la creación de una proyección hacia el exterior, incentivada por los valores de una nación, su historia, las manifestaciones artísticas y culturales; en otras palabras, aspectos que expresan la identidad de una nación, con la finalidad de crear un entendimiento mutuo, relaciones más estables y una “mejor imagen”.

Finalmente, la visibilidad y el activismo internacional de Estados e entidades subestatales como Canadá (Quebec), España (Galicia), por mencionar algunas, ha sido posible gracias a la cultura, un concepto que puede ser comprendido dentro de la cooperación y promoción que sigue

los principios de política exterior de los países. A su vez, se integra dentro de las estrategias del *soft power*, el cual es participe en el entendimiento de la diplomacia cultural.

Martha Tatiana Angeles Rivas, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Estudios Superiores Acatlán, grupo de investigación. Estudiante de RR. II.

Referencias

- ARENAS, A. G. (2018). Paradiplomacia: definiciones y trayectorias. *Papel Político*, 23 (2). doi. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.papo23-2.pddt>
- Estudio Diplomacia Cultural. (2010). *Observatorio Vasco de la Cultura*, págs. 3-10. Obtenido de https://www.euskadi.eus/contenidos/informacion/keb_argit_kultura_diplomazia/es_def/adjuntos/Diplomacia_cultural.pdf
- GARCÍA, S. C. (1996). La actividad exterior de las entidades políticas subestatales. *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, (91), págs. 235-264. Obtenido de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/27378.pdf>
- MARTÍN, Z. M. (2020). Nuevos actores de la diplomacia cultural: ciudades, sociedad civil, RRSS y entorno digital. *Gremi d'Editors de Catalunya*. Obtenido de <https://issuu.com/gremideditorsdecatalunya/docs/2021-fundacion-alternativas-estado-de-la-cultura-e/s/11684000>
- MARTÍN, Z. M., RIUS, U. J. (2016). ¿La diplomacia cultural, una política de Estado? Articulación y descoordinación intergubernamental en la acción cultural exterior del Estado español. *Revista d'Estudis Autònoms i Federals*, (24), págs. 115-154. doi: 10.2436/20.8090.01.2
- MONTOYA, R. S. (2012). La redefinición de la diplomacia cultural en el mundo contemporáneo. *Observatorio de Análisis de los Sistemas Internacionales (OASIS)*, (17), págs. 165-202. Obtenido de <https://www.redalyc.org/pdf/531/53130269009.pdf>
- RODRÍGUEZ, B. F. (2014). Diplomacia Cultural. Una nota exploratoria. *Observatoire des Amériques Montréal*, 14 (3), págs. 1-9. Obtenido de https://ceim.uqam.ca/db/IMG/pdf/cda_volume_14_numero_3_juin_2014.pdf
- RODRÍGUEZ, B. F. (2015). Cultura y Diplomacia: La Diplomacia Cultural de Quebec a 50 años de la Doctrina Gérin-Lajoie. *Reflexión Política*, 17 (33), págs. 6-19. Obtenido de <https://www.redalyc.org/pdf/110/11040046002.pdf>
- RODRÍGUEZ, B. F. (2015). Diplomacia cultural ¿Qué es y qué no es? *Espacios Públicos*, 18 (43), págs. 33-49. Obtenido de <https://www.redalyc.org/pdf/676/67642415002.pdf>
- SADDIKI, S. (2009). El papel de la diplomacia cultural en las relaciones internacionales. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, (88), págs. 107-118. Obtenido de https://www.cidob.org/es/articulos/revista_cidob_d_afers_internacionals/88/el_papel_de_la_diplomacia_cultural_en_las_relaciones_internacionales
- Xunta de Galicia. (2018). *Estrategia Gallega de Acción Exterior (EGAEX)*. Obtenido de <https://conselleriadepresidencia.xunta.gal/exteriores-ue/estrategia-galega-de-accion-exterior>